



Relato

Premio Nobel

Pär Lagerkvist  
Muerte de Ahasverus

Con la llaneza, despojada de artificios retóricos, y el sentido poético que caracterizan su estilo, el autor de *Barrabás*, laureado con el premio Nobel en 1951, vuelve a manifestar en el presente relato, su honda preocupación por los temas vinculados al orden metafísico y religioso.

A través del simbolismo —otro rasgo que singulariza al escritor sueco— cuyo sentido descubre el lector al término del libro, ha escogido ahora Pär Lagerkvist la leyenda del «judío errante», con cuanto ésta y el destino del pueblo hebreo contienen en una proyección que ambiciona aquí elevarse hasta el plano teológico.

Muchas son las sugerencias que, a manera de elemento alegórico, impregnan los episodios, contados siempre con admirable sencillez y susceptibles, por lo mismo, de conferir a estas páginas un interés apasionante.

Así, el espectáculo de esos peregrinos de toda edad y condición, que reunidos bajo techo seguro en una noche de tormenta y nieve, reanudan, serenado ya el tiempo, su largo camino penitencial hacia la anhelada Tierra Santa.

Así también ese extraño personaje, peregrino a pesar suyo, y esa mujer y ese forastero no menos extraños, que habrán de hallar en aquel viaje —último para todos ellos—, la suerte que les ha sido asignada.

Muerte de Ahasverus constituye una nueva manifestación del arte que Pär Lagerkvist pone al servicio de su angustiada inquietud frente al misterio de la condición humana.

A un albergue para peregrinos que van a Tierra Santa llegó una noche un hombre que parecía perseguido por los relámpagos. Cuando abrió la puerta, el cielo ardía a sus espaldas, la lluvia y el viento se le echaban encima, y con gran dificultad pudo volver a cerrarla. Cuando lo logró se volvió hacia el interior del penumbroso local, apenas iluminado por unas humosas lámparas de aceite, y pareció preguntarse dónde se encontraba. Era un local enorme y frío, cuyo fondo estaba tan oscuro que apenas si alcanzaba a distinguir algo. Pero hasta donde podía ver, estaba lleno de gente arrodillada sobre la sucia paja extendida sobre el suelo; parecía que rezaban o hablaban en voz baja. Un confuso rumor llegaba hasta él, pero no podía ver ningún rostro porque todos le daban la espalda. El aire era pesado, de encierro. Cuando se llegaba de afuera se experimentaba una sensación de náusea, casi no se podía respirar. ¿Dónde, realmente, se encontraba?

Cerca de la puerta había unos hombres sentados ante unas rústicas mesas de madera. Tenían unas caras groseras; jugaban a los dados y bebían. También se hallaba entre ellos un par de mujeres, rodeando con los brazos el cuello de los hombres y, al parecer, igualmente ebrias. Una de éstas dirigió una mirada turbia al forastero que acababa de entrar como perseguido por los relámpagos. Eso fue todo. Nadie le hizo caso.

No había más lugar disponible que en una mesa a la cual se hallaba sentado un hombre completamente solo. Miraba delante de sí con una mirada ausente; parecía no preocuparse de nada más que de sí mismo. Era de media-

na edad, musculoso y delgado, y tenía las piernas bien extendidas por debajo de la mesa. A sus pies se había acurrucado un perro. Hacia esa mesa avanzó el forastero, y allí tomó asiento, un poco apartado del hombre.

El hombre ni lo miró, como si no hubiera advertido que alguien acababa de sentársele cerca. El forastero también simuló no darse cuenta de su presencia, sólo le dirigió una mirada, a hurtadillas. Su cara, con la afilada barba taheña y los labios apretados, era huesuda y reservada, y no dejaba traslucir nada de sí mismo. Sobre la mesa que tenía ante sí se apoyaban sus manos largas y delgadas, de velludos dorsos. La lámpara de aceite las iluminaba con su llamita vacilante que el viento de la puerta recostaba hacia uno y otro lado. Esa llamita era como un pequeño ser viviente, atormentado en medio de la desolación del vasto recinto.

El rumor de los rezos se oía permanentemente, lo mismo que el ruido de los dados que rodaban sobre la mesa y las voces y las risotadas de los borrachos. Afuera rugía la tormenta, golpeando la pared contra la cual se apoyaba la mesa. Allí castigaba la lluvia, y en una ventanita, que estaba justamente encima de donde se hallaban sentados los hombres, hacía crujir los vidrios.

El forastero miró nuevamente a su vecino. No, era inútil intentar preguntarle nada; ni dónde se encontraba uno, ni qué era este extraño lugar en lo alto de la montaña.

El perro hizo un ligero movimiento a sus pies, se hizo un ovillo y se acostó con un casi imperceptible quejido. El hombre pareció no preocuparse por eso, o quizá no advirtió que se frotaba contra sus viejos zapatos deshechos.

De repente se incendió todo el local con un relámpago intenso, y casi al mismo tiempo se oyó el crujir del trueno, que siguió resonando largo rato entre los cerros. El forastero miró en torno, y hacia la ventana que dejó entrar el relámpago pero que ya estaba otra vez a oscuras. Nadie más se preocupó por eso, nadie prestó atención a la tempestad

que los tenía allí encerrados. ¿Por qué había allí tanta gente? ¿Y por qué se encontraban de hinojos sobre la paja?

De una de las mesas de los borrachos se levantó una mujer que avanzó hacia ellos con paso vacilante. Se detuvo ante el hombre del perro, lo contempló un momento y después se sentó frente a él. Permaneció un largo rato sin pronunciar palabra, mirándolo con una sonrisa atravesada y burlona. Se le torcía la boca al sonreír. Era evidente que se encontraba ebria y que no tenía ninguna intención de disimularlo. Llevaba el pelo desordenado, que le caía, espeso y de un rojo oscuro, sobre el marchito rostro que debió haber sido muy hermoso alguna vez, tan hermoso que casi lo era todavía. Hasta la boca burlona era realmente lindísima. Grande y llenita, una boca para atraer a los hombres.

—¿Por qué no bebes nada? —le preguntó finalmente, con una voz inesperadamente grave.

Como el hombre no le contestaba, alzó despreciativamente los hombros.

—Yo estoy bebiendo. ¿Tienes algo que decir a eso? ¿Te opones a que beba? ¡Habla!

—¿Por qué habría de oponerme? —le contestó el hombre, mirándola por primera vez.

—Claro, ¿por qué habrías de oponerte? Si eres tú mismo quien me enseñó a beber.

La mujer se volvió hacia el otro, el extraño forastero que había llegado perseguido por los relámpagos.

—Es él quien me enseñó a beber, ¿sabes? Es él quien me ha enseñado todo. Desde el principio... hasta esto que soy ahora es obra suya. ¿Crees que le ha gustado, que está satisfecho? ¿Eh? El principio fue cuando me violó... Empezó enseñándome eso. Y después todo lo demás. Empezó por lo más importante. ¿Acaso no es verdad? A ver, dí que no es cierto... Entonces no eras tan santo, no eras precisamente un peregrino. Tu conducta no era la de alguien que piensa ir a Jerusalén; en todo caso, resultaba muy curiosa.

»Él se dirige a Jerusalén ¿sabes? No, tú no entiendes, porque la verdad es que no parece un peregrino, pero irá. A la Tierra Santa. Es decir, si es que puede llegar antes que lo cuelguen de la horca.

El forastero dirigió una sorprendida mirada a la mujer, y después al hombre, y a los que rezaban más allá.

—Éste es un lugar rarísimo, ¿eh? ¿No te parece? Peregrinos y ladrones, bribones y santos, todos juntos. Te diré que no es fácil distinguirlos, porque uno que está rezando allí puede ser más bribón que cualquiera de nosotros. Antes puede haber sido como uno de nosotros, eso también puede suceder, y estar ahora robándole al confiado hermano que está de rodillas a su lado, eso nunca se sabe. ¿Y por qué no habría de hacer eso? También tiene que vivir. Aunque la verdad es que nadie sabe por qué ha de ser eso tan necesario. Y aquí todos viven de los peregrinos, porque hay muchos locos que extrañan terriblemente algo que ellos llaman la Tierra Santa. Por qué la llaman así, no sé, pero, claro, de algún modo tienen que llamarla. Y para eso emprenden el camino con todo lo que poseen, con sus anillos y brazaletes, sus cucharas y sus jarros de plata, y con sus monedas de oro escondidas entre las ropas, de manera que resulta difícil sacárselas. Tienen una apariencia de pobres pero puedes creerme que no lo son... ¡Y bueno, de qué otro modo viviríamos nosotros sino...! Y algunos son tan ricos que uno no entiende como... Son ricos hasta la imprudencia. Pero esos no están aquí abajo, por supuesto. No pueden instalarse sobre esta paja sucia. No, ellos están en el otro piso de la casa, en el de arriba, en las habitaciones de lujo para los señores. Y tienen sirvientes que los atienden de la mañana a la noche, y cochero y todo, porque es en sus propios carruajes que se dirigen hacia la tumba de su Salvador, y llevan consigo todo aquello a lo que están acostumbrados. Bueno ¿por qué no habrían de tener todo eso? En ello no hay ningún mal, y hacen bien. Pero lo que me sorprende es que de esa manera los sirvientes también

se vuelven peregrinos como ellos, van hasta la sagrada tumba con ellos, exactamente lo mismo que los señores. ¿Qué puede uno pensar de eso? Nunca se podrá explicar que ellos también se cuenten entre los peregrinos. No, jamás lo podré creer. Pero hay uno, sabes, hay uno tan extravagante que tiene un montón con sus carruajes, tantos que no sé cuantos pueden ser. Es un noble con un nombre tan distinguido que nadie puede decirlo de una vez, y lleva consigo tantos sirvientes como no te puedes imaginar, y eso a pesar de ser un hombre completamente solo, ¿entiendes eso? Sirvientes y lacayos que dan vueltas constantemente a su alrededor y le adivinan sus deseos sin que necesite ni abrir la boca... Tiene tanta gente a su servicio que resulta una insensatez. Dicen que ni siquiera se limpia él mismo el traste, y debe ser bien cierto porque así parece. Y en uno de los carruajes tiene un baúl tan pesado que apenas lo pueden mover, así dicen. Pero si lo va a tener cuando llegue a la ciudad sagrada de Jerusalén, no se sabe. Y sería mucho mejor que no lo tuviera siendo, como sabes, tan difícil para un rico pasar por el ojo de una aguja, según está escrito. ¿O es que no lo está? ¿Eh?

El rumor de las oraciones había cesado y cuando el forastero se volvió hacia los fieles vio que estaban preparándose para pasar la noche. Enrollaban sus ropas para utilizarlas como almohadas y se acostaban a descansar sobre la paja sucia. Lo hacían completamente vestidos, listos para levantarse en cualquier momento y continuar el viaje.

El forastero trató de verles las caras, lo deseaba verdaderamente, y muchos eran los que ahora estaban de frente a él. La expresión de la mayor parte no tenía nada de particular, pero había algunos rostros radiantes que lo llenaron de admiración y de inquietud. Era algo que había encontrado a veces en algunos hombres y que le resultó siempre incomprendible.

La mujer se sentó y también estuvo mirándolos un rato, en silencio.

—Algunos son muy honestos y de gran corazón —dijo después, con otra voz—. Tal vez haya entre ellos algunos que sean santos en cierto sentido y tengan un destino de bienaventurados... Eso bien puede suceder... aunque uno no pueda saberlo nunca...

»Imagínese usted, si puede, que hay una muchacha que se acuesta con ellos, con los que la desean, y de ese modo gana lo que necesita para su viaje y para todos sus gastos. ¿Entiende usted eso? He hablado con ella, se lo he preguntado y me ha dicho que así es, que es verdad. Me dijo que para ella era la única manera de poder llegar hasta la tumba del Salvador, cosa que ha ansiado tanto, y es un deseo que tiene que realizar para la salvación de su alma. Eso es lo único que tiene algún significado para ella, según dice, ya que su cuerpo no cuenta para nada y lo sacrifica de buena gana para que su alma se salve cuando llegue allá. ¿Ha oído usted nada más extravagante? En eso no encuentra ninguna satisfacción, me dijo cuando estuve tirándole la lengua para que hablara, salvo alguna que otra rara vez y espera que esas le serán perdonadas porque no ha pecado por su propio placer sino para poder arrodillarse un día ante la tumba de su Salvador. Y antes no ha vivido nunca de esa manera, jamás ha tenido nada que ver con ningún hombre. Usted no lo cree... pero yo sí, yo comprendo que puede ser verdad. Conociéndola cómo es se advierte que no se trata de una mujer que quiera vivir de ese modo aunque se sienta obligada a ello para su peregrinación, para poder realizar su viaje. Y también tiene que ganar para la travesía, para el barco que cruza el mar hacia la Tierra Santa. Eso cuesta mucho y también hay que pagarlo. Pero dice que no le importa ser deshonrada de ese modo ni nada de lo que pueda sucederle, ni lo que ellos puedan obtener de su cuerpo, que es un cuerpo que no vale absolutamente nada... Así habla, es de lo más curioso. Usted no tiene idea de lo curioso que resulta oírla... A mí me gusta esa muchacha y apruebo lo que hace... He charlado con ella muchas

veces, hoy y ayer, y siempre me parece de lo más curioso oírlo... Ese cuerpo que no significa nada... el cuerpo que no vale absolutamente nada...

De pronto rompió a llorar desesperadamente. Le temblaban los hombros y se llevó las manos a la enrojecida cara, como para ocultarla.

Al cabo de un rato alzó nuevamente el rostro dirigiendo una mirada de indignación y de amargura al hombre del perro:

—¿Y tú? ¿De dónde sacas dinero para el viaje? ¿Cómo lo has ganado? ¿Puedes decirlo? ¿O tengo que decirlo yo? ¡Por supuesto que no lo has conseguido honradamente! ¡No lo has obtenido como ella! ¡Ella es honesta! Más que seguro que su Salvador habrá de considerarla honesta, y cuando llegue la aceptará y la salvará. Pero tú eres un ser deshonesto, bien lo sabes... y yo también lo soy. Sin embargo, yo no he sido siempre así. Hubo un tiempo en que fui completamente distinta a lo que tú has hecho de mí, tú y tus... tú y tus...

Alzó el puño contra el hombre, pero volvió a dejarlo caer lentamente como si de todos modos eso no sirviera para nada, como si no hubiera para qué provocar un escándalo. Tomó asiento y fijó en él sus ojos con cierta desesperada indiferencia en su mirada turbia. Se le volvió a torcer la boca con una sonrisa llena de desprecio y levantó un hombro como para expresar la opinión que le merecía. Luego le dio un puntapié al perro que estaba debajo de la mesa.

—¿Para qué sirve ese perro sarnoso que arrastras contigo? ¿Ni siquiera puedes conseguir un perro presentable?

—¡No le pegues! —exclamó el hombre con una inesperada violencia en la voz.

—Yo hago lo que me da la gana. Todo lo que se me antoja. Detesto esos perros viejos y sarnosos.

Dio otro puntapié al animal, y el perro gimió bajo la mesa.

El hombre se alzó completamente de su asiento, musculoso y delgado, realmente amenazante.

—¡Que no lo toques, te digo! ¿Lo oyes?

Se le veía tan singularmente irritado que la mujer quedó perpleja, sin comprender su actitud.

—¿Qué te pasa? ¿Qué te ha dado ahora? Por un perro insignificante ...

Decididamente no comprendía la causa de esa reacción.

El hombre había vuelto a sentarse, pero no le quitaba los ojos de encima. Unos ojos de mirada peligrosa, encendida como una llama, con un rencor que parecía a punto de volcarse en forma terrible, pero cuya razón de ser era imposible adivinar. El forastero, que los veía por primera vez, se quedó pensando largamente en ellos.

Quedaron un momento sin pronunciar palabra y se hizo un completo silencio.

—No tienes que enojarte por lo que digo, Tobías; ya sabes que nunca pienso lo que digo —volvió a hablar la mujer—. De todos modos, bien podemos seguir siendo amigos, ¿no es así?... Yo me resentí porque te fuiste sin decir nada. ¿Por qué hiciste eso? ¿Creías que yo debía estar prendida a tus faldones? ¿Cómo puedes imaginarte cosa semejante? Dime, ¿por qué te fuiste, y dónde estuviste todo el tiempo...? Claro, no tienes porqué decirlo si no quieres, lo comprendo... Ya sé que no tengo ningún derecho a mezclarme en tus cosas... ¡claro...!

El perro dejó oír un apagado quejido debajo de la mesa. Ella se agachó y lo miró como pudo, en la penumbra.

—Es un perro rarísimo éste que tú tienes. Nunca he visto otro semejante... ¡Es tan feo! ¿Dónde lo has encontrado? ¿Acaso no sabes cómo debe ser un perro? Creí que lo sabías.

El hombre permaneció sin contestar, pero continuó mirándola con fijeza.

—¿Te acordás de mi perro, no? ¿Puedes recordarlo? ¡Ah... cuando pienso en él...! Tenía la piel negra y brillante,

la grupa lustrosa, el hocico frío, y la lengua larga le estaba colgando siempre... ¡Ese sí era un verdadero perro! ¡Un perro de caza! Nunca te tuvo simpatía, no sé si te acordarás de eso. Pero no tiene nada de raro que se te echara encima... con lo fiel que me era... ¡Lo recuerdo tan bien a pesar de que hace ya tanto tiempo!... Ah, nunca podré perdonarte lo que hiciste con mi perro, nunca...

—¿Yo?

—Sí, porque fue por tu culpa que tuve que deshacerme de él, fue por tu culpa que tuve que matarlo... Sólo que debí haberlo hecho en seguida, cuando nos fuimos... Yo no hubiera podido verlo mezclado con perros ordinarios, piojosos y sucios. ¡No hubiera podido vivir entre ellos! ¡Un perro como el mío, acostumbrado a la libertad y a la vida del bosque! ¡Un perro de caza! ¡Ah, cuando vi que empezaba a parecerse a los otros, y que comenzaba a tener una mirada débil, asustadiza y acuosa...! ¡No conozco nada peor que los perros que dan lástima...! Bueno, no quiero pensar en eso; prefiero pensar en cómo era antes todo... ¿Te acuerdas cuando vivíamos juntos en el bosque, el perro, tú y yo...? Vivíamos de la caza... ¿Te acuerdas cuando te enseñé a cazar y a vivir como debe vivir un hombre... y a voltear un ciervo que huye?...

»¿Recuerdas cuando buscabas para mí un nombre extravagante y me llamaste Diana...? Eso no es ningún nombre, no hay nadie que se llame así, no es más que una palabra que tú buscabas. Pero a mí no me gustaba y tú acabaste por dejar de llamarme así. ¡Ah, qué linda era nuestra vida en aquel tiempo! ¿No es cierto? ¡Eh, contesta...! Hasta el día en que tuviste que regresar a tu cuartel o yo no sé cómo se llama eso; porque todo lo que ustedes los hombres inventan tiene unos nombres tan estúpidos, todo es tan estúpido y suena tan feo... ¡Diana!... Ese no es ningún nombre y nadie puede llamarse así... Pero nosotros lo pasábamos bien, ¿no es cierto? ¿No te parece?... Eh, ¿no te pare-

ce...? Ah, no son muchos los días en que se puede ser feliz, no, no son muchos... ¿O qué dices tú, Tobías? ¿No es así?

Él no contestó.

La mujer pasó la mano por la gastada madera de la mesa sobre la cual también descansaba la mano del hombre. El forastero miraba esas dos manos sobre la mesa.

Nadie dijo nada más.

Una voz ronca y grosera llegó desde el grupo de los borrachos:

—¿Qué haces allí sentada, por qué no vienes en seguida! ¡No vamos a terminar nunca la partida!

Ella hizo una mueca de disgusto y se levantó, vacilante, apoyándose ligeramente contra el borde de la mesa.

—Ahora estoy con esos crápulas. Ahora soy una de ellos. Después de todo, qué importa... Nada importa...

Sus ojos oscuros y muy brillantes se posaron un rato sobre el hombre, y luego fue a reunirse con los suyos.

—¿Está loca! —murmuró el hombre para sí mismo cuando ella se hubo alejado. Pero era visible que se hallaba impresionado.

—¿Hay algo de cierto en lo que ha dicho?

El hombre lanzó una mirada al forastero que le planteaba ese interrogante como si se preguntara qué podía importarle. Pero, aunque tardó en responder, era evidente que al mismo tiempo sentía la necesidad de hablar, de confiarse a alguien.

—¿Si lo que ha dicho es cierto? ¡Claro que es cierto...! En cierto modo. No del todo... Por lo menos no de esa manera...

—¿De qué manera, entonces?

—Bueno... Una vez vivimos juntos, en el bosque, como ha dicho, eso es cierto. Y también es cierto que eso fue maravilloso...

»Había perdido a los otros y andaba vagando solo... Sí, yo era soldado; era la guerra, por supuesto, como siempre... En realidad, yo era estudiante pobre, pero continuar los estudios en esa situación era imposible, todo era imposible; además la ciudad había desaparecido, no quedaban más que ruinas envueltas en humo. Por consiguiente, había que ser otra cosa, bandido o soldado, según las circunstancias, la diferencia no era demasiado grande. Por mi parte, me hice soldado. Y cuando estábamos por ver qué había en ese gran bosque cerca del cual habíamos acampado, porque los hombres de guerra siempre le temen al bosque, y a mí y a otros nos mandaron a ver si no había nada peligroso, sucedió que me encontré separado de los otros y empecé a vagar, completamente solo, alejándome cada vez más.

»Finalmente llegué a un sitio donde había unos árboles espléndidos, donde la hierba crecía en abundancia, y en medio del cual corría un arroyuelo. Allí, junto al arroyo, se hallaba una mujer. Al principio me costó creer que fuera una mujer, pero así era, y no un hombre, aunque lo parecía. Estaba inclinada hacia adelante, descuartizando un animal muerto, y a su lado había un perro que devoraba las tripas que ella le echaba. Cuando oyó mis pasos se levantó de un salto, con la rapidez del rayo, y se quedó con el cuchillo ensangrentado en la mano, lista para defenderse, mientras el perro me atacó, ladrando furiosamente y con tanto ímpetu que me tuvo a maltraer.

»Conservé mi serenidad, me le acerqué y le quité el cuchillo de la mano en el preciso instante en que ella levantaba el brazo, y con un tono de ligero reproche le pregunté si había tenido intención de matarme, pregunta totalmente inútil porque esa intención era evidente. Después le dije que sólo deseaba beber un poco de agua del arroyo y le pregunté si ello era posible. Como no me contestaba, me tendí a la orilla del arroyo pero advertí que la corriente estaba ensangrentada porque la mujer había lavado el animal

que la vi descuartizando. Quedé un poco confuso y vacilante, y seguramente le dije algo sobre la sangre que había en el agua. Ella me miró con desprecio, y entonces descubrí por primera vez que, al sonreír, tenía la boca un tanto torcida, pero fuera de eso no tenía ningún defecto; era casi tan bella como puede serlo una mujer, y como sólo llevaba encima una piel de ciervo pude ver cómo estaba formada.

»Tanto te asusta un poco de sangre —me dijo con una sonrisa desdeñosa. En vez de responderle sacié mi sed.

»Una vez que hube bebido, la violé; y posiblemente un poco fue por culpa de esa sonrisa suya capaz de excitar a cualquier hombre.

»De modo que lo que ha dicho, pues, es cierto. Sin embargo, mi comportamiento no tenía nada de extraordinario ya que siempre obramos así cuando tenemos una mujer a nuestro alcance. Y ésta no era de las que uno puede abandonar fácilmente.

»También es verdad que el perro, que por un momento parecía haberse tranquilizado, se me echó encima ferozmente y me estuvo mordiendo todo el tiempo, de modo que me corría la sangre, pero eso no me preocupaba. Ella también pareció enloquecida de rabia al principio y me opuso una resistencia terrible, tanto que, sintiéndola tan fuerte, tenía la impresión de estar luchando con un hombre. Pero antes de que eso terminara ya nos habíamos hecho amigos, tanto como para no seguir luchando, y hasta se dignó darme un beso aun cuando su sonrisa, cuando sonreía, continuaba siendo desdeñosa.

»Así fue cómo empezamos. Después, frecuentemente me confesó que en realidad ella también había gozado mucho.

»Por mi parte, demás está decir que me sentía muy satisfecho con lo que había pasado, tanto que me quedé con ella, en el bosque, dejando que los otros creyeran que me había extraviado, lo cual, por otra parte, era verdad. Nunca hasta entonces había poseído una mujer semejante, y pro-

bablemente tampoco sean muchos los que puedan decir otro tanto. No se parecía a las demás mujeres, en ella todo era diferente. Con ella uno nunca se sentía seguro, y, cosa extraña, ella tampoco parecía sentirse muy segura, lo cual se veía en su actitud terca y provocativa. Había que estar siempre en guardia... porque así se mantenía ella también. Nunca se abandonaba por completo, y uno jamás sabía donde estaba, ni siquiera cuando uno se acostaba con ella, ni en el instante en que uno tenía la impresión de estar más cerca de ella. Era como una virgen a la cual nunca se lograba poseer verdaderamente.

»No podía ocultar su deseo por aquello que había conocido por primera vez, pero parecía tímida, casi asustadiza, tratando de evitar eso mismo que la hacía suspirar. Cuando llegábamos a eso, luchaba tanto como le era posible, sobre todo contra el abandono total, y jamás he visto una mujer que se mostrara tan atormentada justamente en el momento en que se sentía satisfecha. ¿Tal vez sería porque experimentaba un placer más intenso que las otras? ¿Puedes decirme por qué tienen las mujeres una sonrisa tan dolorosa cuando gozan al máximo de la existencia?

»Bueno, así eran las cosas entre nosotros. El amarla era algo penoso e inquietante, pero era justamente por eso que se le hacía el amor.

»Y por cierto que éramos felices. Allí vagabundeábamos por el bosque y acampábamos en cualquier parte, cuando así lo deseábamos o cuando el lugar nos agradaba. No tenía ningún sitio especial para quedarse, sobre todo en verano, y supongo que en el invierno se refugiaba probablemente en cualquier gruta. Había allí abundante caza, y sabía voltear los animales sin dificultad ninguna, con armas de caza muy sensibles, arco y flechas que ella misma había fabricado. Cuando yo trataba de emplearlas me era imposible porque estaba acostumbrado a otra clase de armas, más masivas. Tenía una puntería increíble, ninguna presa se le escapaba una vez que sus agudos ojos la descubrían